

pagad las doctrinas, respetad la religion, llenad vuestros batallones de ciudadanos leales, conoced vuestra fuerza y dignidad como cumple á hombres libres. Despues de tantos años de tiranía no habrais podido por vosotros mismos recobrarla libertad; pero en breve podreis por vosotros mismos defenderla. Yo marchó; pero volveré entre vosotros tan pronto como una orden de mi gobierno ó vuestro peligro exijan aquí mi presencia. Entre tanto, vivid seguros de que me seré siempre caras la felicidad y la gloria de vuestra república."

Este lenguaje estaba muy lejos del iracundo é inflamado de los republicanos: en efecto, Bonaparte sentia la necesidad de establecer el orden, por lo cual tambien en el Piemonte, conmovido por los innovadores, puso término á la guerra civil escudando á la corte, la cual, por consiguiente, venció á sus contrarios y castigó á muchos de ellos.

En Génova, que se veia acosada por todas partes, como sucede al débil en medio de fuertes contendientes, continuaban hostilizándose sangrientamente aristócratas y demócratas, estimulados estos últimos por los periódicos y emisarios milaneses, y por el comisario Faypolut. En la Polcevera estalló la rebelion, no sin sangre [Mayo de 1797], y Bonaparte la calmó. Despues, deplorando la suerte de los franceses muertos, y reconvinendo ágramente á la aristocracia, modificó la constitucion de un modo no muy popular. Abolido el antiguo senado, se crearon los acostumbrados consejos legislativos y un senado ejecutivo presidido por un dux; quedaron garantidas la religion católica, la empresa del banco de San Fernando y la deuda pública [1]; se suprimieron los privilegios y se pusieron en los cargos públicos personas moderadas y de distintas clases. Pero el pueblo, que traspasa todos los límites, quemó con su acostumbrado ímpetu el libro de oro, derribó la estatua de Andrés Doria (el primero de los oligarcas); consagró á la regeneracion de Liguria la casa del boticario Morando, cuna de las reuniones republicanas, y aquel palmo de terreno fué dividido en catorce departamentos.

Los diversos agentes del Directorio tenían instrucciones para mostrarse moderados, no fomentar las insurrecciones ni prodigar las esperanzas. Pero es tan difícil gobernar las pasiones, como fácil escitarlas; el ejemplo producía sus frutos; el ejército era ardientemente republicano, y en todas partes la casa del diplomático francés era un foco de insurreccion. Roma, ademas de las humilla-

(1) Bonaparte escribía á la república Liguriana: "No basta no hacer cosas contrarias á la religion; es preciso no dar motivo de inquietud á las conciencias mas timoratas, no dar arma ninguna á hombres mal intencionados.... Ilustrad á los pueblos; poneos de acuerdo con el arzobispo para darles buenos párrocos, y procurad merecer el afecto de vuestros conciudadanos."

ciones porque pasaba, recibia instigaciones de los países que le habian sido arrebatados; el Papa se veia obligado á seguir el mismo rumbo que los revolucionarios, á echar mano de las alhajas de las iglesias, á imponer contribucion á los eclesiásticos, á vender una quinta parte de manos muertas, á suspender las ceremonias ostentosas. Estos actos daban pábulo á la murmuracion de los súbditos escandalizados por haber visto enriquecer á Braschi, sobrino del pontífice: los jansenistas recobraron su crédito é influjo, y ya se hablaba de vejees clericales, de distincion entre el reino de los cielos y el de la tierra, de reformar, de secularizar. La creacion de un papel moneda hizo llegar á su colmo el disgusto, y se creyó ya tiempo de sacar el gobierno de manos de los clérigos. Los artistas franceses que estaban perfeccionándose en Roma, inflamaron los ánimos é intentaron una sublevacion; pero las autoridades se defendieron, y en la contienda (28 de Diciembre de 1797) quedó muerto el general Duphot.

Dióse entonces á esta defensa el nombre de asesinato y violacion del derecho público. José Bonaparte, que desempeñaba el cargo de embajador, pidió sus pasaportes y abandonó el país; y el Directorio mandó al ejército, que no deseaba otra cosa, que á las órdenes de Berthier, se dirigiese contra la nueva Babilonia. Berthier, exhortando á los soldados á castigar al gobierno romano, pero no á hacer daño al pueblo inocente, ni perturbar sus ceremonias religiosas, se adelantó sin resistencia, protegiéndose Roma con la veneracion, no con la fuerza, y recibió las llaves del castillo de Sant-Angelo [Febrero de 1798], con la condicion de respetar el culto, los establecimientos públicos, las personas y las propiedades. Pero el pueblo apenas vió enarbolada la bandera tricolor, se proclamó libre; Berthier se instaló en el Quirinal; frente al Capitolio se plantó el árbol de la libertad, y los nombres de Bruto y Scipion estaban en los labios de todos. El Papa, retirado en el Vaticano, se negó á renunciar la soberanía temporal, fundándose en que solamente era depositario de ella; por lo cual fué enviado á Toscana. Los palacios del Estado y de los cardenales extranjeros, así como los templos, fueron despojados de sus riquezas; suprimióse la propaganda como instituto completamente inútil, saqueándose su rica biblioteca, y librándose á duras penas de igual saqueo el archivo, y últimamente no fueron tampoco respetadas las propiedades de los particulares y los caudales de los ricos, á los cuales se impusieron gruesas multas. Massena, que sucedió á Berthier, robó y dejó robar, hasta que á consecuencia de las quejas de militares no pagados, fué relevado del mando.

Viena y Nápoles se mostraron resentidos de semejante ocupacion de Roma; los transiberinos se sublevaron contra los violentos usurpadores, y corrió la sangre en abundan-

cia. Calmada la sublevacion, se proclamó la constitucion acostumbrada, notable tan solo porque siendo hecha para el centro del catolicismo, no se hallaba en ella una palabra de religion. Segun el uso, debia jurarse tambien odio á la monarquía; pero Pío VI proclamó en una encíclica que el cristiano no debia odiar á ningun gobierno, si bien podia jurarse sumision á la república y no conspirar contra ella. Estas palabras moderadas escitaron la furia de los exaltados, los cuales celebraron la fiesta de la federacion en la plaza del Vaticano.

Tambien en el resto de Europa estaban en efervescencia las repúblicas. En Holanda los orangistas suspiraban por el stathouder; los federalistas querian restablecer los antiguos distritos provinciales; los jacobinos proclamaban la unidad y la democracia pura; los moderados, y con ellos el Directorio, preferian una constitucion unitaria, pero templada. Excluidos los federalistas de los negocios públicos con el fin de dar una constitucion unitaria, se aumentaron sobremanera las fuerzas de los demócratas, que no sufrían mas poder que el suyo; pero el general Dænelds, hombre preclaro entre los moderados, de acuerdo con el Directorio, abatió el dominio de aquellos; [22 de Enero de 1798], excluyéndolos del cuerpo legislativo con las bayonetas.

CONFEDERACION HELVETICA [1].

La Suiza, despues de haber sido reconocida por el tratado de Westfalia, se habia mantenido tranquila, sin cambiar de fronteras. Si todas las confederaciones son débiles en el ejercicio de sus derechos comunes, salvo en los casos de peligro, tanto mas lo era la helvética, porque á este elemento de debilidad, se agregaban los resultantes de las disensiones religiosas y del dominio común sobre algunas posesiones antiguas. Los estados se habian organizado en lo interior,

(1) Diremos por vía de curiosidad, que la confederacion helvética, segun anunciaron varios periódicos extranjeros hace ya algunos años, habia encargado al señor Mazzini la historia de Suiza desde los primeros tiempos hasta nuestra época. Nosotros, á pesar de que hemos hecho las diligencias mas esquisitas para tener noticias ciertas acerca del particular, no hemos podido averiguar todavía si se ha publicado. Sin embargo, creemos oportuno anunciarlo á nuestros lectores, porque una obra de esta naturaleza, escrita por un hombre político, cualesquiera que sean sus principios, no podrá dejar de ser muy importante. Pero, considerando que César Cantú, italiano é historiador tan profundo y erudito, no habla de semejante obra en el curso de esta historia, nos inclinamos á creer, que no tan solo no se ha publicado, sino que los periódicos mencionados dieron por cierto lo que acaso no era mas que proyecto.

[Nota del traductor.]

de modo que los patricios dominaban en Lucerna, Berna, Friburgo y Soleura: la alta ciudadanía ó las familias en Zurich, Basilea, Schaffouse, Ginebra y Sain-Gall, teniendo esclavizados los campos, y hasta en los mismos cantones democráticos habia una nobleza procedentes de servicios prestados y hereditaria, pero sin privilegios legales. Véanse en la confederacion ejemplos de todas las clases de gobierno, á saber, de democracia absoluta en Schsvytz, de estrecha aristocracia en Berna, de oligarquía en Lucerna, de monarquía constitucional en Neufchatel, de poder teocrático en Porentru, de todas las combinaciones municipales en Basilea, Zurich, Ginebra y Saint-Gall, y de la caprichosa tosquedad de las facciones de la edad media en los grisones, distribuidos en ciento cincuenta republiquillas campestres no conexonadas entre sí, sino por los partidos de los Planta y de los Salis. Tambien se veian todos los grados de dependencia entre los países sometidos, en los cuales dominando alternativamente los partidos, favorecia cada uno á sus correligionarios y se echaban mutuamente en cara injusticias y abusos.

Las ciudades tiranizaban á los habitantes de los campos, ilotas á quienes no dejaban hacer otra cosa que trabajar y pagar; bailíos insolentes y ávidos, castigaban atrocemente las menores culpas, y á fuerza de penas pecuniarias agotaban las fuerzas de los campesinos. Cuando éstos hacian reclamaciones, los parientes y todos los nobles sostenian á los magistrados en los consejos y en los tribunales, y su impunidad alentaba á los subalternos.

Cuando se verificó la revocacion del edicto de Nantes, y despues la persecucion promovida por Luis XV, muchos reformados de Francia se refugiaron en Suiza con sus industrias; estos introdujeron en el país de Vaud el cultivo de la vid y los terrados, que dan un aspecto tan risueño á las cercanías de Vevey; y en Lausana establecieron un seminario mantenido á espensas de muchas potencias protestantes.

Entre las guerras de gabinete que envilecieron aun mas que arruinaron la Europa, la moderacion de los jefes federales, supo resistir las intrigas de los monarcas que querian arrastrar á la Suiza en sus contiendas. De aquí resultó un aumento de prosperidad para esta nacion, que ademas de dar fomento á las artes y á la industria, produjo varones ilustres como Rousseau, Bodmer, Hottlinger, Steimbüchel Bernoulli y Eulero, matemáticos; Lambert astrónomo, Saussure y Bennet naturalistas; los médicos Haller, Fissot y Zimmermann; el historiador Müller; Lavater, cuyas teorías fisionómicas decayeron, al paso que sus himnos patrióticos no han sido olvidados por el pueblo; y Gesner, que pintando el sosiego pastoril, procuró á los lectores el placer de entregarse á agradables fantasías.

Sin embargo, no era ya la Suiza el país

poético de una sencilla libertad, el amor á las riquezas y al poder habia invadido los corazones; adulando á los extranjeros y sirviéndolo no solo con las armas (1), sino tambien con las intrigas, se anhelaban títulos, condecoraciones y collares. Los pequeños cantones, envidiosos de los grandes que prevalecían, pensaban fortificarse con alianzas extranjeras, y los embajadores de las potencias daban pábulo á los rencores intestinos. Humildes en lo exterior, eran orgullosos en lo interior de su país; unos cuantos oligarcas dominaban sobre el vulgo, despreciado, y un imprudente egoísmo hacia que se prefiriese á la Suiza el propio canton y al canton la propia clase.

Los grandes eran en Suiza tan serviles como en las monarquías, al paso que la situación del vulgo era allí peor que en éstas. Ninguno se cuidaba de la educación ni de las necesidades generales; á los súbditos no se les permitía elevarse por medio de la instrucción al nivel de los dominadores, ni obtener empleos civiles, religiosos ó militares. En algunas aldeas estaban prohibidos hasta la industria y comercio, que eran privilegios de las grandes ciudades; la libertad de imprenta causaba espanto, y el silencio sobre los negocios interiores impedía que se crease un espíritu público; si bien los suizos estuvieron durante ochenta años sin guerra entre sí, la tranquilidad fué con frecuencia turbada por disensiones interiores, siempre renacientes, las cuales á pesar de que eran de poca entidad, producían por resultado la pérdida de la dignidad y de la consideración entre los extranjeros.

Ademas de los trece *laudables cantones*, tenia la Suiza otros diez aliados, que eran la abadía de Saint-Gall, la ciudad del mismo nombre, separada de la abadía por una muralla (2), el Valés, el principado de Neuchâtel, las ciudades de Bienne y de Mulhausen, las tres ligas grisonas y la república de Ginebra.

El principado de Neuchâtel, que habia pertenecido á la Borgoña, y despues al imperio y á las casas de Châlons, Hochberg y Longueville, recayó por herencia en manos de Federico, rey de Prusia, el cual juró observar sus leyes y costumbres. Una de éstas daba á la ciudad el derecho de recaudar los impuestos y rentas del príncipe en todo el país; pero Federico en 1748, los arrendó, lo cual disgustó á los de Neuchâtel, y mucho mas cuando en 1766 quiso introducir el mismo príncipe una forma única de recaudación. Los ciudadanos entonces declararon

(1) La Suiza tenia millon y medio de habitantes, de los cuales una tercera parte pertenecía á los cantones de Berna y Zurich. Treinta y ocho mil estaban al servicio extranjero por cuatro años.

(2) Esta division existia tambien en Coira, y todavia puede verse el muro que cierra la parte episcopal de la ciudad.

privado de los derechos de ciudadanía, á todo el que tomase á su cargo aquel arriendo: el comisario regio protestó pidiendo que se examinasen los derechos recíprocos, y se decidiera acerca de ellos. Fué entonces cuando se vió el espectáculo nuevo de un gran rey disputando contra sus propios súbditos, ante un tribunal cantonal como era Berna, á quien se nombró juez. Habiendo el rey ganado el pleito, los ciudadanos se alborotaron y mataron á Gaudot, procurador general que disparó desde la ventana contra la turba. Pero pronto comenzó la reacción; muchos fueron condenados á muerte, otros á destierro y todos desarmados, y en fin, se restituyó á la ciudad el arriendo, garantizándosele una constitución, declarándose libre la caza, mejorándose las leyes favorables al pueblo, y estableciéndose una asamblea comunal, sin cuyo voto no pudiese hacerse cambio alguno en aquellas.

Entre los grisonos, aliados de los suizos, se mantuvieron equilibradas las fuerzas de los partidos, de los Planta y de los Salis que se disputaban el poder hasta el punto en que vencieron los últimos y se apoderaron de todos los empleos, de los arrendamientos de portazgos, del mando de las tropas al servicio extranjero, y de las magistraturas de la subyugada Valtellina. Los Planta, queriendo disputar de nuevo la supremacía, elevaron desde diez y seis mil á sesenta mil florines el precio del arriendo de los portazgos; pidieron á los extranjeros que los oficiales fuesen promovidos por antigüedad, denunciaron la venalidad de los magistrados, y dieron lugar á escándalos y pependencias, mucho mas cuando Austria de acuerdo ó en connivencia con ellos, prendió en territorio grison á Semonville, embajador de la república francesa.

En Ginebra los miembros de la república estaban divididos en cuatro clases: los simples *habitantes* sin privilegio alguno, protestantes todos; los *naturales* que no podían aspirar á ningun empleo público, ni á hacer el comercio; los *villanos* que tenían parte en el gobierno y en la legislación, pero no en los primeros empleos, y por último los *ciudadanos*. Los súbditos ó extranjeros habitantes del territorio, estaban escludidos de los derechos de la república.

Ginebra en la paz y con la industria llegó á ser una de las ciudades mas opulentas del continente; y erguia ufana la cabeza por poseer ingenios como Bonnet, Burlamaqui, Rousseau. Voltaire en la inmediata Ferney, atraía á los curiosos de toda Europa mientras se burlaba de las revoluciones suizas, á las cuales llamaba "tempestades en un vaso de agua," y para oponerse al rigorismo calvinista levantaba un teatro á dos pasos de Ginebra.

La prosperidad aumentó el lujo y la arrogancia de los consejos, al cual la plebe tiranizada oponia sus continuas reclamaciones. Las *Cartas de la Montaña* (1764) de Rousseau,

proclamando la soberanía inalienable é imprescriptible del pueblo, hasta el punto de poder éste recobrarla á cada momento de los jefes á quienes la hubiera confiado, levantaron la llama de un fuego oculto. Aplicando esta teoría, se decía que los consejos con la asamblea de los ciudadanos, no eran soberanos sino que su autoridad pertenecía á todos los ciudadanos, esto es, á aquellos mil cuatrocientos individuos que eran los únicos que gozaban del derecho pleno de ciudadanía.

Fué entonces cuando los plebeyos nombraron comisionados para hacer *representaciones* al consejo y obligarlo á que las remitiera á la asamblea general á fin de que las atendiese; los nobles *negaron* que la asamblea tuviese jurisdicción sobre el pequeño consejo, y así las palabras *representantes* y *negativos* llegaron á ser nombres de partidos. La sentencia en rebeldía pronunciada por el consejo contra Rousseau, irritó mucho mas, y en los *círculos* se predicaban las máximas que despues agitaban las asambleas y las elecciones. Interpusieron como mediadores, Francia y los cantones de Berna y de Zurich; pero no habiendo logrado conciliar á los disidentes, la Francia estableció un cordón que perjudicó mucho á la industria y se propuso ademas fundar una ciudad en Versoix, que quitase su importancia comercial á Ginebra. Entonces los ginebrinos tomaron todos las armas, y la Francia se vió obligada á dejar que se arreglasen entre sí. Despues de nuevas agitaciones [1768], convinieron en establecer un gobierno democrático y prometieron un código al país; pero hacerlo era difícilísimo, porque algunas de las leyes antiguas eran muy oscuras, y otras estaban dictadas en un espíritu de calvinismo que habria escitado disensiones. Ademas, se opusieron á esta medida los *representantes*, los cuales atrajeron á su bando á los *naturales*, la mayor parte artesanos descendientes de los refugiados franceses, sin mas derechos que el burlarse de sus tiranos. Una vez los *representantes*, persuadidos por la esperiencia de la fuerza que lleva consigo la union, formaron logias y asociaciones, en que se obligaron á seguir siempre la opinion del jefe, y se propusieron introducir una democracia absoluta; de suerte que la Francia, recelosa, intervino otra vez como mediadora, intervencion que perjudicó los instintos de independencia de los ginebrinos, y que la Francia tuvo al fin que abandonar. Entonces estallaron con mas fuerza que nunca las disensiones 1782, y hasta llegó á derramarse sangre, por lo que tuvo que establecerse una *junta de seguridad*. La Francia, que en 1777 habia renovado con Suiza la alianza para la defensa recíproca, no pensó ya en calmar los disturbios tan solo con exhortaciones; y poniéndose de acuerdo con la Saboya y con Berna, ocupó á Ginebra é instituyó un gobierno conforme al reglamento de 1738, sosteniendo á los negativos y hu-

millando á la democracia, de modo que apenas quinientos ciudadanos tuvieron voto, y los demas quedaron desarmados y forzados al silencio: dura tiranía, que en breve produjo una cruenta reaccion.

A mas penosa condicion estaban reducidos los países sometidos, pues siempre suele ser de las peores la dominación de las repúblicas. Argovia y el país de Vaud eran siervos de Berna, la cual, á medias con Zurich, dominaba tambien en el condado de Baden y en el Rapperschwill, con Friburgo, en cuatro bailiatos hacia la parte de Francia, y con Zurich y Glaris en los *Oficios libres* septentrionales, mientras la parte meridional correspondia á los ocho cantones, que tenían tambien la Turgovia y el condado de Sargans, ademas del Rheinthal, que dividian con Appenzell. De este lado de los Alpes, el canton de Uri dominaba la Leventina; Uri, Schwytz y Unterwald tenían autoridad suprema sobre la Rivera y Bellinzona, y los doce cantones juntos la tenían sobre Lugano, Lorcano y Valmaggia: la Valtellina estaba dominada por los grisonos.

Estos desgraciados países estaban á merced de magistrados ignorantes, que habiendo comprado sus cargos, no pensaban mas que en reintegrarse con usura de lo que les habia costado, lo cual se llamaba entre ellos haber hecho un buen gobierno. Las inas veces, el bailío compraba su empleo á sus conciudadanos para revenderlo á cualquier súbdito, y despues de haberse llenado bien los bolsillos, se volvía á su país con el título y el dinero. De aquí necesariamente resultaban la venalidad de la justicia, la tolerada insolencia de los poderosos, y hasta la venta de cédulas de impunidad por delitos futuros, que es cuanto puede decirse [1]. La

[1] En nuestra *Historia de la diócesis de Como*, discutimos largamente acerca de estos abusos. "Figurémonos una administración de lo mas detestable que quepa en nuestra imaginación, y sin embargo, siempre será mejor de lo que era la de los doce cantones en los bailiatos italianos. Del bailío se apelaba al sindicato, y de éste á los cantones, de los cuales siete ó ocho por lo menos traficaban con sus votos. El que me precedió en el sindicato, habia convencido á un diputado de haber vendido su voto como juez; y para evitar éste la acusación, afirmó por escrito haber aceptado, contra las leyes y contra su juramento, tal suma para condenar á tal sugeto. Con esta declaración se contentó el síndico y me la remitió. Quiso la suerte que en la dieta estuviese yo sentado en el banco por cima del preparador, y sospechando un día que hubiese tomado dinero en el negocio de que estábamos tratando, saqué del bolsillo aquella declaración y se la puse delante. El culpado se salió y abandonó la dieta y el Tesino, sin que ningun otro de los enviados lo reparase, prueba de su complicidad ó connivencia con él. Quedó, pues, su asiento vacio. A los pocos dias vino á jurar el oficio un bailío nuevo. En presencia de una gran multitud de

Leventina, que una vez osó erguir la cabeza 1755, fué castigada con ejecuciones y con la pérdida de todos sus privilegios. De la Valtellina ya hemos hecho mención arriba. Así, pues, todos eran motivos de discordia y resentimiento: entre los cantones no había unión, y por consiguiente, ni fuerza; en sus disensiones intestinas recurrían en busca de apoyo á las potencias inmediatas, y tenían hechos convenios, el uno con el Piamonte,

pueblo se leyó una letanía de las leyes contra la corrupción y venalidad de los magistrados, y el elegido juró no haber comprado los votos de su cantón. El que había llegado á ser mi vecino de asiento, pasándose al que había quedado vacío entre los dos: "Está bien, me dijo sonriéndose; pero su empleo le cuesta seis mil florines en dinero contante." Yo le advertí que callase; pero él, creyendo que no lo había entendido, afirmó en voz mas alta que el que juraba había comprado su empleo por seis mil florines. Todo el pueblo lo oyó, y sin embargo nadie se mostró escandalizado de tanta desvergüenza. Un colega mio me dijo: "Vd. no toma su parte de lo que pagan los litigantes; mejor para nosotros, que así tocamos á mas." En los negocios criminales se pagaba en razon de la gravedad del delito; los asesinos salían del término del baillato, y luego ajustaban su perdon con los jueces. Además yo no sé cuál era mayor en éstos, si la insolencia ó la avaricia. La primera declaración que recibí en mi estancia, fué la de una madre y dos hijas, mas bien hermosas que feas. Al prepararse á referir el caso, se pusieron las tres de rodillas; yo las hice levantar, reconviniéndolas por aquella profanacion; pero cuando se fueron pensé entre mí que otros síndicos la habrían tolerado, y con esta idea pasé al cuarto de otro diputado, y hallé á las tres arrodilladas delante de él, y á él sentado escuchándolas. Casi no se despachaba ningun proceso en que no hubiese tormento. En Valmagia dos hombres habían dormido en la misma cámara: á la mañana siguiente, el uno acusó al otro de haberle robado un Luis; el otro confesó el robo y restituyó la moneda. Pero los jueces, sabios como eran, discurren de este modo: "Si este hombre ha robado un Luis, ¿no podría tambien haber robado otra cosa?" Y som tieron al infeliz al tormento de la cuerda para obligarlo á confesar. Cuando yo llegué á Lugano, un jóven ya torturado, y después declarado inocente, se hallaba aun detenido en prision por el baillío, y dormía en el desnudo pavimento; nosotros lo pusimos en libertad; pero cuando vino á darme las gracias, estaba tan débil y desfallecido, que no podia conservar entre los dedos un polvo de tabaco. Mucho tiempo antes un baillío había mandado echar á una vieja plomo derretido para que declarase dónde tenía la bolsa del dinero. En Valmagia, el sitio del tormento estaba frente por frente de la habitación del señor del castillo. Mientras había un sueldo con que saciar la sed del dinero de los jueces y abogados, no terminaba el proceso. El ayuntamiento de Onsernone comenzó un litigio por el valor de doce reales; pues bien, parece in-

el otro con el Austria, el otro con Francia, hallándose dispuestos á pelear en ejércitos enemigos, y á dar muerte á sus propios hermanos. No había ni espíritu público, ni elevacion de sentimientos, ni patriotismo de ninguna especie, por lo cual se miraba como extranjero, no solo á todo el que viviere mas allá de los límites del cantón, sino tambien al campesino y hasta el morador de la misma ciudad. Zimmermann describe en esta forma el orgullo de aquellas pequeñas ciudades aristocráticas: "Las cabezas están por lo comun tan vacías como las calles.... Un horrible tédio es la dote de las personas de condicion, que creen su compañía demasiado honrosa para los villanos. En ninguna parte pesa sobre el ingenio una tiranía mas odiosa que en estas republiquillas, donde no tan solo se erige un ciudadano en árbitro de sus vecinos, sino tambien el círculo de razon de este mezquino déspota llega á ser el de toda la ciudad. El omnipotente y vanidoso magistrado, la echa de dictador del universo por serlo de su poblacion, y en su aldea se tiene por el varon mas ilustre del universo. El ciudadano honrado se presenta con temor ante esta formidable magestad que podria perderlo en el primer proceso. La cólera de un senador es mas terrible que el rayo, porque dura siempre. Las mujeres de los consejeros se dan muchísimo tono, se envanecen demasiado, gobiernan, disponen,

creible, pero es cierto; al cabo de pocos años subian las costas á cuatrocientos ochenta reales, y aun estaba muy lejos de acabarse el oleito. Entre tanto, los habitantes de aquel valle, divididos en partidos, se perseguían mutuamente á tiros, y ninguno salía de su casa sin armas. Locarno, por cada dos mil almas, contaba treinta y dos individuos entre abogados y procuradores; la única mercancía de aquel país era la justicia. Las rentas del hospital eran distribuidas entre los síndicos. En los pequeños cantones se daban los corregimientos al mejor postor, lo cual producía ocho, doce ó diez y seis rea es á cada individuo de la asamblea general. Así el cantón sacaba del baillío dos ó tres doblones mas de lo que legalmente le daban los corregimientos, todo el pueblo era cómplice en esto. Entre los enviados se hablaba con toda franqueza. "Nosotros, me decian, no exigimos impuestos; el país no nos produce mas que esto; cierto que semejante contribucion no es moral, pero al fin estos pueblos pigan men's que ningun otro país civilizado." Rectamente administrados, habrían producido el céntuplo sin trabajo, al paso que el dinero sacado injustamente arruinaba al pueblo moral y económicamente. El país debía dar al corregidor casa y utensilios. Uno que no había sido regalado, como pretendia, por el ayuntamiento, el día antes de marchar rompió y quemó todos los muebles del palacio. Este estado de cosas duró hasta 1798. ¿Y se nos habla todavía de virtudes republicanas? Con razon asusta en Suiza la idea de la libertad de la prensa.

"BONSTETTEN."

censuran, injurian á tuertas y á derechas: su favor ó su desagrado decide de la reputacion, del crédito, de la felicidad.... No tienen palabras con que espresar el profundo desprecio que les inspira uno de quien oyen decir que ha escrito un libro.... El jóven que aspira á medrar por sus talentos, en ningun círculo encuentra estímulo, ni amor, ni quien le conozca, ni quien lo comprenda: le miran como á un estravagante y dicen: ¿qué locura le ha dado para ponerse á leer y enabornar papel en su casa, en vez de complacer y lisonjear á los grandes de su país y de vivir como todos!.... Así, cuando ve que la ignorancia y la estupidez orgullosa logran mas aprecio que la sana razon y que la opinion está dirigida por las habladerías del mas necio; cuando ve al sabio mal considerado, la filosofia calificada de delirio miserable y la libertad de espíritu de turbulencia; cuando, en fin, ve que no puede crearse una posicion tolerable sino por medio de una servil complacencia y de una humilde sumision, ¿qué le queda que hacer al jóven honrado sino refugiarse en la soledad!"

Aunque en el resto de Europa se había cambiado el sistema militar, la Suiza conservaba todavía el antiguo. Muchas veces los buenos patriotas propusieron la renovacion del pacto federal restringiéndolo. Hirszel de Zurich, Urso de Lucerna, Zellweger de Appenzell, se esforzaban en difundir las doctrinas y propagar el espíritu de concordia; pero sus reuniones inspiraron recelos á los gobiernos que tenían demasiadas censuras que temer, al paso que no agradaban á los pueblos que creían ver en la pretendida unidad la inminente esclavitud de todos. Habíanse introducido por doquiera los francmasones, especialmente en Ginebra, en Soleura y en el país de Vaud, donde nació la sociedad helvética, la cual celebraba reuniones anuales en los baños Schinznach y se había declarado enemiga del *individualismo cantonal*. Pero como las mismas leyes masonicas no conducian á la unidad, fueron después reformadas, fundiéndose esta asociacion con la de los *iluminados* de Alemania, y el grande oriente constituido en Ginebra en 1786, adquirió en breve preponderancia sobre la magistratura de aquella ciudad.

Así la Suiza se hallaba desapercibida para los movimientos que estaban á punto de sobrevenir, para las agitaciones interiores que iba á producir el ejemplo de Francia y para resistir á las armas que toda Europa afilaba. La revolucion dió mayor intensidad á los odios inveterados y á las conmociones interiores: estallaron movimientos en Basilea, Zurich y Ginebra, y en todas partes donde se hablaba en frances se estendió el espíritu democrático.

Berna, que estaba á la cabeza del partido contrario, habiendo dado asilo á los emigrados franceses, toleró que conspirasen. Los habitantes del país de Vaud cedido por la

Saboya á Berna en 1565 bajo la garantía de Francia, recurrieron á esta potencia quejándose de la tiranía que les había impuesto; y Francia, deseosa de establecer tambien en la Helvecia la república unitaria y democrática, tomó á los de Vaud bajo su proteccion, envió al general Menard á acampar junto á Ginebra y á Schawenburg á situarse en las cercanías de Basilea.

No tardaron en sublevarse los de Vaud (1798), espulsando á los baillios, plantando árboles de la libertad y proclamando la república democrática. Francia ocupó el territorio y garantizó su independencia. Ochs, foco de aquella fermentacion, estableció una constitucion por el modelo de la francesa, la cual se difundió por las montañas helvéticas.

Tambien la campaña de Zurich solicitaba la igualdad de derechos con la ciudad, y lo mismo sucedía respecto de los demas cantones. Para poner coto á estas reclamaciones, los señores de Berna convocaron en Arau la dieta general y reunieron en aquel punto un ejército. Al mismo tiempo hicieron correr la voz de que la parte francesa tenía el proyecto de separarse de la confederacion y sustituir el ateísmo á la fe, y procuraron y lograron despertar el fanatismo de los montañeses de Oberland; pero en la misma Arau se sublevó el pueblo, y la Francia tomó á los sublevados bajo su proteccion.

Verificáronse entonces nuevas emancipaciones voluntarias ó forzosas. Habiendo maltratado Berna á un enviado, Francia le declaró la guerra, y aquellos republicanos que combatían en favor de los reyes, fueron vendidos por los republicanos regicidas, que respirando sangre entraron en la ciudad, y á duras penas pudo salvarse de su furor el abogado Steiger, jefe de aquella aristocracia. Así, en nombre de la libertad se arruinaban las repúblicas, y á Berna costó esta guerra cuarenta y dos millones.

Conmovióse el resto de la Suiza: el general Brune, vencedor, fué invitado á organizar la república del Ródano, pero los suizos prefirieron formar una república sola. Muchos, sin embargo, lo reprobaron, especialmente los cantones montañeses donde corría la voz de que la Francia quería apoderarse de aquel territorio para hacerles combatir contra la Gran Bretaña; pero Schawenburgo los redujo por la fuerza á la obediencia. En Mayo de 1798 quedó el gobierno helvético formado en Arau, con un director y dos consejos á la francesa; pero aquí y en todas partes sucedió lo que en Francia, es decir, que destruido un partido se hacia necesario destruir á su sucesor en el mando. Entre tanto Francia, se posesionó de todas las actas públicas y declaró que las leyes y decretos del gobierno no serian válidos sino en cuanto no fuesen contrarios á la Francia; lo cual disgustó hasta á los mismos liberales, é hizo que resonara en todas partes un grito de indignacion. Pero al fin todos se tranquilizaron;

las dos repúblicas hicieron alianza; Ginebra se agregó a Francia [19 de Agosto de 1798]; y los balliats italianos que habian tratado de unirse a la Cisalpina, constituyeron un nuevo canton helvético.

ESPEDICION A EGIPTO.

Bonaparte en Paris se habia retirado tranquilamente á una habitacion muy modesta, manifestando que no ambicionaba ninguna autoridad; pero parecian no tener término los festejos con que se obsequiaba al jóven héroe: la calle donde estableció su habitacion fué llamada calle de la Victoria, y los periódicos referian todos sus actos y gestos como si fuera un rey. El, ostentaba modestia; solo por complacer á Josefina, viuda del conde Beauharnais, muerto en el patibulo revolucionario, á quien amaba por pasion y por gratitud, se presentaba en las diversiones; aceptó un puesto en el Instituto y se presentó en él con el traje académico: conversaba con los hombres eminentes en cualquiera facultad, hablando á cada uno de la materia en que estaba versado, y el pueblo comenzó á distinguirlo como suyo y á maravillarse de que con tanta gloria tuviese tan poca ambicion. No tenia, en efecto, aquella ambicion pequeña que se gasta en mezquinas intrigas, y dirigía sus miradas á un punto mucho mas alto de lo que podia creer el vulgo.

El Directorio le confió el mando del ejército de Inglaterra; pero á Bonaparte no le lisonjeaba un desembarco en aquella isla, que no haria mas que consumir los recursos é irritar los ánimos, y se inclinaba de mejor gana hácia el Oriente "de donde habian venido todas las cosas grandes."

La posesion del Egipto, país intermedio entre la Europa y la India, era indispensable si habia de convertirse el Mediterráneo en un lago francés. Bonaparte, despues de haberse apoderado de la marina y de los materiales de Venecia, habia enviado al almirante Brueys á tomar posesion de las islas venecianas de Levante, conociendo su importancia para dominar en aquellas aguas, para dar un golpe al poder inglés en Egipto y para abrirse una comunicacion directa con Oriente, si alguna vez los enemigos ocupaban el cabo de Buena-Esperanza. Con esta idea que siempre tuvo fija en su mente, solicitó el mando de una expedicion, tanto mas agradable para él cuanto mas inesperada y novelesca.

No queria el Directorio esponer á la suerte de un combate naval á cuarenta mil hombres y al general mas temido y de mas prestigio, ni tampoco arrostrar la enemistad del Austria y de la Puerta. Pero el héroe de Italia insistió de tal modo en su pensamiento, que obtuvo que se le dieran tres millones de francos arrebatados del tesoro de Berna, é hizo con gran secreto los preparativos.

Desaix y Kleber, generales eminentes, qui-

sieron acompañarlo ademas de otros muchos que ya se habian ilustrado con él en Italia. Llevó tambien una imprenta oriental tomada de la Propaganda de Roma, y muchos hombres científicos, pintores y otros artistas; en suma, se preparó para ir con él una multitud de valientes. La nacion estaba ansiosa de saber á dónde se dirigia, y el misterio daba mayor grandeza al jóven héroe, mientras que Inglaterra, recelosa, enviaba á Nelson para vigilar los puertos franceses, y escitaba los temores de todos los monarcas contra la propaganda republicana.

Bonaparte salió del puerto de Tolon con el ejército de Italia, mandando Brueys la escuadra que se componia de trece navios de línea franceses y dos venecianos, de sesenta y cuatro cañones, seis fragatas venecianas y ocho francesas, sesenta y dos buques menores y cuatrocientos de transporte; en todo quinientas velas con cuarenta mil hombres de tropa y diez mil marineros.

La órden de Malta (1), último resto de las cruzadas, habia pasado el siglo precedente en la oscuridad entre pequeñas cuestiones interiores y conjuraciones disipadas; pero su mision habia concluido. Caballeros ociosos y de estragadas costumbres elegidos entre los hijos menores de las grandes familias, para quienes el voto de castidad no servia sino de motivo á un nuevo sacrilegio, disfrutaban riquísimas encomiendas en los reinos. La marina con que habian debido defender las costas del Mediterráneo de los ataques berberiscos, conservaba apenas alguna galeera para escursiones de placer, y entre tanto los argelinos venian con grande audacia á asolar las costas de Italia.

Debía, pues, perecer semejante órden, y era evidente que á la primera ocasion se apoderaria Inglaterra de aquella isla. Bonaparte quiso ganarla por la mano; efectuó por sorpresa un desembarco, y el gran maestre

[1] La órden de San Juan de Jerusalem, conocida comunmente bajo el nombre de *religion de Malta*, es uno de los resúdos mas ilustres como nadie ignora, de las instituciones que nacieron en la edad media. Escritores de mucha nombradía han hablado de sus grandes empresas, y de los varones de mas nota que han florecido en su gremio; pero son pocos los que han dado un cuadro cabal y muy variado de los últimos treinta años de la órden de San Juan de Jerusalem en Malta, como el abate D. Fortunato Panzavecchia, natural de aquel país. Esta obra, todavia poco conocida, la leimos durante nuestra residencia en aquella isla, y notamos en ella, fluidez de estilo, sencillez en la narracion de los hechos y mucha imparcialidad: dotes de las que no puede prescindir un buen historiador. Diremos finalmente, que en Malta existia una tradicion antigua, como nos aseguraron los mas ancianos, que vaticinaba que la órden se extinguiria tan luego como recayera la eleccion de gran maestre en un extranjero. En efecto, Hompesch era alemán.

(Nota del traductor.)

Hompesch, capituló con la condicion de que se le diese en Alemania un principado ó una pensión vitalicia de trescientos mil francos. Habiendo dejado guarnicion en Malta, Bonaparte siguió adelante y tuvo la fortuna de no encontrarse con Nelson que los buscaba; así que sin ser observado llegó cerca de Alejandría. Despues de un penoso desembarco (1.º de Julio de 1798), sin tener un caballo, se lanzó sobre la ciudad de los Ptolomeos, declarando que iba á libertarla del yugo de los mamelucos, y se apoderó de ella sin gran resistencia (1).

[1] La expedicion de Egipto en la época de Napoleon, es uno de los acontecimientos mas notables de la historia moderna. Nadie ignora que en aquella circunstancia, la Gran Bretaña se vió al borde del abismo, y próxima á volver á la nada de que habia salido muchos siglos antes.

Los políticos ingleses asustados de aquel paso atrevido de Bonaparte, pusieron en juego todos sus medios para que la nueva colonia francesa no echara raices en Egipto. Fué entonces cuando se publicaron un diluvio de escritos sobre el particular, y se pusieron de manifiesto reflexiones muy importantes acerca del comercio de los europeos con las Indias Orientales, de las consecuencias funestas que habria producido á Inglaterra la colonizacion francesa en el Egipto, y de los fundados temores de que el comercio de aquellas regiones lejanas con la Europa, hubiese vuelto á tomar el antiguo camino. Ahora bien, todo esto, y muchas otras reflexiones de gran trascendencia, las encontramos espuestas con claridad en una obra titulada *Cartas políticas comerciales y literarias sobre la India; ó intereses de la Inglaterra relativos á la Rusia, al Indostan y al Egipto, etc.*, publicada en inglés por el señor Taylor. Considerando, pues, que todo lo espuesto por este autor, ademas de ser un gran documento histórico, puede tambien sugerir abundantes reflexiones políticas, económicas y comerciales oportunas para todas las épocas, considerando que España por su situacion topográfica tiene un interes directo en estender sus dominios de Africa para dar mas ensanche á su comercio y á su marina en el Mediterráneo, y con especialidad en el grande Océano, para activar aun mas su comercio con América, considerando todo esto y otras circunstancias, que no es posible esponer en una nota, vamos á insertar un fragmento de la mencionada obra del señor Taylor, trasladada al español por el señor Martinez de Godoy la cual no podrá menos de agradar á nuestros lectores por las noticias curiosas é importantes que encierra.

[Nota del traductor.]

FRAGMENTOS DEL LIBRO DEL SEÑOR TYALOR.

La utilidad del Egipto como colonia bajo el gobierno francés, es el objeto principal de sus operaciones, y si se suscita alguna duda por esta causa, se desvaneceria bien pronto por la correspondencia recientemente interceptada entre el ejército francés del Egipto y el Directorio. La consolidacion de este magnífico establecimiento

Los coftos, raza primitiva, yacian en la esclavitud y en el envilecimiento. Los árabes conservaban el aspecto de conquistadores, pero no se notaba entre ellos mucha diversidad de condiciones y de cultura. Algunos tenian instruccion, y en los destinos oficiales

es el objeto de ambicion por el que con tanto ardor ha suspirado la nueva república: para conseguirlo sacrificaría todos los sentimientos de justicia pública y particular.

El mas indiferente observador puede conocer que los franceses no perderán de vista el restablecimiento de su comercio en Levante, que es el único apoyo de sus provincias meridionales; y este comercio nunca les proporcionará tan superiores ventajas como la posesion del Egipto, pues por medio del mar Rojo facilitarían una comunicacion directa para la India.

Los franceses han conocido que no ganarian nada dilatando la guerra, y he aquí cómo se han explicado sus sabios políticos: "La paz no serviría mas que de pretexto para fijar nuestras pretensiones en tiempos mas felices: en este intervalo retengamos la posesion del Egipto cuanto sea posible, y empleemos todos nuestros recursos para llenar este importante objeto hasta la publicacion de la paz general. Entremos en negociacion con la Puerta: hablémosla de la restitucion de Egipto, ó mas bien de conservarlo en depósito para devolvérselo al Gran Señor: tengamos cuidado de ganar tiempo y evitar la evacuacion de este país por todos los medios que la política pueda sugerirnos: negociemos lentamente, y cuando las estratagemas diplomáticas se hayan agotado, podremos decir que un convenio firmado por el Gran Visir y el comandante en jefe del ejército de Egipto, no es un tratado formal; de consiguiente es preciso ser ratificado en Paris, donde puede ser anulado, segun las circunstancias. La facilidad de las negociaciones producirá una suspension de hostilidades, como tambien la ventaja de ganar tiempo y retener la posesion del Egipto hasta la paz general."

La sola idea de una negociacion entre la Francia y la Puerta, sembraría inevitablemente en la corte de Rusia, celos que terminarian en ofensas directas: la mas mínima descomposicion entre estas dos últimas es el eje sobre que apoyan los franceses sus esperanzas.

El antiguo gabinete de Francia producía los políticos mas inteligentes de Europa, y parece que subsiste en este país un gérmen considerable de carácter diplomático, bajo la influencia intrigante y activa del gobierno actual. El axioma favorito de los franceses es acalorar los sentimientos de competencia entre las cortes de Petersburgo y de Londres: están persuadidos, dice Ponsielgue, "que los ingleses no pueden ver sin inquietud, y sin un secreto sentimiento de envidia los progresos de los rusos; progresos mucho mas peligrosos para ellos que nuestro poder sobre el continente, principalmente en un momento en que nuestra marina está destruida y que ya hemos perdido nuestras conquistas marítimas."

Desde el mes de Diciembre de 1788 pareceme debía haber manifestado mi opinion sobre los